

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



# Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

# El Tío Wiggily y el Gato del Supermercado

El Tío Wiggily, el simpático conejo, estaba trabajando en el patio arreglando su dirigible. Últimamente se había paseado mucho en él, navegando entre las nubes, sacándolo a pasear cuando llovía, y una vez incluso cruzó en él el estanque de los patos, cayendo al agua con él.

Y al hacer todas estas cosas, una de las asas del cesto de la ropa, que formaba parte de la aeronave, se había doblado y retorcido. Y algunos de los globos del circo de juguete necesitaban ser inflados con aire fresco, y había un agujero en la sombrilla japonesa, que formaba la parte superior de la aeronave, para proteger del sol al Tío Wiggily.

—Sí, tengo que arreglar mi dirigible —dijo el señor conejo mientras trabajaba, silbando y centelleando la nariz al mismo tiempo, como una estrella en una noche helada. Y eso es muy difícil de hacer: silbar y centellear la nariz al mismo tiempo. Si no me crees, inténtalo tú mismo y verás.

—¿Tienes más cojines de sofá que pueda llevarme a mi dirigible, Nana Jane? —preguntó el Tío Wiggily, entrando en la casa donde la señora rata almizclera, el ama de llaves, estaba cocinando unas zanahorias para hacer una tarta de limón.

—¿Cojines de sofá? —dijo la Nana Jane Fuzzy Wuzzy—. ¿Para qué quieres más cojines de sofá?

—Para hacer otro asiento en el cesto de ropa de mi dirigible —respondió el señor conejo—. Verás, tengo espacio para dos personas en él, y tal vez incluso tres de mis amigos animales, si nos apretamos un poco, pero necesito más cojines de sofá para hacer un lugar suave para que mi compañía aterrice en caso de que nos caigamos.

—Bueno, supongo que nos quedan unos cuantos cojines —dijo la señorita rata almizclera—. Pero, por favor, no los pierdas.

El Tío Wiggily dijo que no lo haría y pronto tuvo su dirigible arreglado con dos asientos bien acolchados. Luego volvió a la casa a por una galleta de nabo, con cacahuete espolvoreado por debajo, y preguntó a la señorita Fuzzy Wuzzy, muy educadamente:

—¿No quieres venir a dar un paseo en mi dirigible, Nana Jane?

—Oh, Dios mío, ¡mantenme viva y algunas pompas de jabón fritas! —exclamó la señorita rata almizclera sorprendida—. ¡Claro que no! Gracias. Tendría mucho miedo.

—No hay ningún peligro —dijo el Tío Wiggily, pero la Nana Jane no quiso salir con él en el dirigible, y el señor conejo tuvo que navegar solo.

Se elevó por los aires, contemplando las copas de los árboles, y deseó tener a alguien con él, porque se sentía solo, el Tío Wiggily. Pero Charlie y Arabella Pollito, los hijos de la gallina, estaban en la escuela, y también

Sammie y Susie Colita, los conejos, y Johnnie y Billie Colapeluda, las ardillas. De hecho, Bully y Bawly Sincola, los niños rana, y todos los niños animales estaban en la escuela.

—Supongo que hoy no encontraré a nadie que me acompañe —dijo tristemente el Tío Wiggily, después de llamar al abuelo Ganso y descubrir que el viejo ganso se había ido a pescar caracoles. El doctor Zarigüeya, a quien también llamó el viejo señor conejo, estaba ocupado cuidando de los animales enfermos, así que, por supuesto, el doctor Zarigüeya no podía ir.

Pues bien, el Tío Wiggily se sentía cada vez más solo y estaba pensando en volver a casa, cuando, de repente, en el suelo, debajo de él, oyó a alguien que decía:

—¡Oh, querido! ¡Qué mala suerte! Oh, ¡qué mala suerte! Y además quieren estas cosas para la fiesta. ¡Ay, qué pena! ¡Infelicidad! ¡Ay, de mí!

—Vaya, alguien debe estar teniendo un montón de problemas, y algunos más —dijo el Tío Wiggily, sorprendido—. Tengo que ir a ver de qué se trata.



Hizo que su dirigible descendiera lentamente hacia el suelo, y entonces el señor conejo vio al repartidor de comestibles de pie junto a un viejo tronco, y mirando una cesta rota, que había estado

llena de cosas de la tienda. Pero las cosas estaban todas desparramadas ahora.

—¡Ja! ¿Qué te pasa, Tom? —preguntó el Tío Wiggily al gato de la tienda de comestibles. Verán, el gato se llamaba Tom, y trabajaba repartiendo comestibles del supermercado.

—Oh, tengo un montón de problemas —dijo Tom—. Cuando iba con la compra hace un momento, se me ha roto el asa de la cesta, se me ha salido uno de los lados y la compra se ha desparramado por todas partes.

—Qué lástima —dijo el Tío Wiggily amablemente, mientras hacía descender su dirigible hasta el suelo.

—Y lo peor de todo —continuó Tom, el gato del supermercado—, es que la cesta está tan rota que no puedo volver a usarla. No tengo otra y la señora Temblorosa, la señora de los patos, tiene prisa por estas cosas. Las quiere para una fiesta que está preparando para Lulú, Alicia y Jimmie. Oh, ¡qué pena!

—Sí, pero podría ser peor —dijo el Tío Wiggily alegremente—. Nada es tan malo, sino lo que podría ser peor.

—No veo cómo —habló Tom, el gato del supermercado—. No puedo entregar estas cosas, y la Señora Temblorosa estará muy decepcionada; así como también lo estarán Lulú, Alicia y Jimmie.

—Oh, fácilmente podría haber sido peor —rio el Tío Wiggily, mientras guiñaba la nariz dos veces, y una vez más—. Podría no haber venido en mi dirigible a ayudarte. Pero aquí estoy, y acabo de poner un nuevo asiento acolchado en el cesto de la ropa, a propósito,

para dar un paseo a alguien. Ahora, sube conmigo y amontona la compra. No te preocupes por la cesta rota. Te llevaré a casa de la Sra. Temblorosa tan rápido como sea posible, y podrás entregar los comestibles.

—¡Oh, eres muy amable! —dijo Tom. En un segundo había metido la compra en el cesto de la ropa del dirigible del Tío Wiggily. Luego él y el viejo señor conejo tomaron asiento, subió la aeronave, giró el ventilador eléctrico y muy pronto estaban sobre la casa de la señora Temblorosa, la señora pato.

—¡Los comestibles! —exclamó el gato Tom, como si estuviera en la puerta de atrás, y cuando el tío Wiggily bajó su dirigible, las cosas para la fiesta fueron puestas en la entrada trasera. ¿Y no se sorprendió la señora de los patos al ver que los comestibles de la tienda venían en un dirigible? Supongo que sí. Pero también estaba encantada.

Entonces Tom, el gato del supermercado, volvió a dar las gracias al Tío Wiggily por ayudarlo, y el señor conejo llevó a Tom de vuelta al supermercado, donde le dieron una cesta nueva, y todo el mundo quedó contento.